

bajos, y á la muerte misma. De hoy en adelante nada será capaz de separarme de vuestra amable compañía.

PROPOSITOS.

1. *Guárdate bien*, dice el Sabio, *de servir á Dios con negligencia*; porque es maldito aquel que hace la obra del Señor descuidadamente. La negligencia en servir á un amo es la mas cierta señal de la indiferencia con que se le mira, y esta indiferencia en una alma tibia es un desprecio verdadero. El libertino arrastrado de sus pasiones, piensa poco en Dios cuando le ofende; pero el tibio no le pierde de vista, aun cuando le está disgustando. Siempre son menos odiosos los enemigos descubiertos y visibles, que los amigos falsos. Examina si estás tocado de este comunísimo contagio, y acudiendo prontamente á los remedios, aplica los siguientes: Primero: Haz todos los ejercicios espirituales, no solo con devocion, sino con la mas puntual exactitud, señalando la hora, el tiempo y el espacio que has de ocupar en cada uno. Imponte una inviolable ley de hacerlos siempre á la misma hora, porque nada acredita tanto el fervor como esta invencible puntualidad. Segundo: Considera cuanto enfada, cuanto impacienta, cuanto irrita un criado flemático, un hijo flojo, un súbdito descuidado, negligente, perezoso, y por ahí comprenderás qué indigna, qué enfadosa es la tibieza en el servicio de Dios. No puedes tolerar tú que te sirvan con poco gusto, y con todo eso tú mismo sirves á Dios con tibieza. Tercero: El remedio mas específico contra este peligroso achaque, es cumplir con fidelidad las obligaciones mas menudas, es evitar con delicadeza las mas ligeras faltas, es observar con exactitud las mas pequeñas reglas; presto se hace fervoroso el que es tan exacto.

2. Todos deben temer el estado de tibieza; pero

ningunos mas que las personas religiosas, las que en el siglo hacen profesion de devotas, y las que por oficio ó por instituto exhortan á otros á la práctica de las virtudes de que ellas carecen. Si quieres desviarte de un estado tan funesto á la salvacion, propon todas las mañanas hacer nuevos progresos en el camino de la virtud. Determina la que particularmente has de practicar en aquel dia, y la mortificacion en que has de ejercitarte. Procura que tus confesiones no sean sin fruto, advirtiéndole que es muy dificultoso haya verdadera contricion y verdadero arrepentimiento, donde hay continuas recaidas en unos mismos pecados. Ten cuidado de practicar tú mismo las virtudes que aconsejas á otros. Las personas religiosas poco fervorosas, llevan siempre una vida tibia; y ten presente que enseñar en materia de perfeccion lo que no se practica, es cuando menos estar uno en estado de tibieza.

DIA VEINTE Y SIETE.

EL BEATO JUAN, ABAD DE GORZA EN LORENA.

El beato Juan, cuya vida es perfecto modelo de la profesion religiosa, nació al mundo hácia el fin del noveno siglo en Vendiere, pueblo pequeño entre Metz y Toul. Su anciano padre, conocido y estimado en todo aquel pais no menos por su gran honradez que por sus grandes riquezas, resolvió no perdonar á medio alguno para la buena educacion de su hijo; pero como le habia tenido en una edad muy avanzada, no pudo resolverse á desviar de sí ni á perder de vista al que era todo el consuelo de su venerable ancianidad.

Dióle dentro de casa los mas hábiles maestros que pudo encontrar; pero aunque Juan era de excelente ingenio, hizo muy pocos progresos, porque la nimia indulgencia de su padre lo echaba á perder todo. Conoció el buen viejo, y por no malograr tan bellas disposiciones, se determinó en fin á sacarle de casa, y á enviarle á estudiar en Metz. Pero muerto su padre, y habiéndose vuelto á casar la madre, que habia quedado viuda muy jóven, Juan se vió precisado á restituirse á la casa paterna, así para cuidar de dos hermanitos que tenia, como para recoger los grandes bienes que su padre le habia dejado. Cuidó de unos y de otros con tanto juicio, con tanta habilidad, y con tanta economia, que adelantó mucho los intereses de la familia.

La ejemplar virtud que mostró en lo mas florido de la edad, junta con el singular genio y la gran destreza que descubrió para el manejo de los negocios, le dieron luego á conocer y á estimar de cuantas personas de distincion habia en la provincia. El conde Riquin le tuvo algun tiempo en su casa, y Dadon, obispo de Verdun, uno de los prelados mas santos y mas sabios de aquel tiempo, le honró con su amistad y con su estimacion.

Hiciéronle administrador y mayordomo de la iglesia de Fontenai, lugarcillo inmediato á los arrabales de Toul, con cuya ocasion trabó conocimiento con el diácono Bernier, hombre de ejemplar virtud y de acreditada sabiduria, y en la escuela de tan hábil director hizo grandes progresos en la ciencia de la salvacion.

Gustaba mucho de tratar con personas virtuosas, en cuyo utilísimo comercio se inflamaban cada dia mas los ardientes deseos que tenia de ser santo; pero nada contribuyó tanto á esto como lo que vió y oyó en cierta ocasion á una doncellita llamada Geisa,

pensionista en el monasterio de san Pedro de Metz, bajo la conducta y direccion de una tia suya, religiosa en el mismo monasterio.

Teniendo precision de hablar á esta señora, reparó en un cilicio que por debajo de la ropa se la descubria á la sobrina, habiéndose descuidado esta en ocultarle, no sin particular providencia del Señor. Admirado de ver en una señorita tan tierna y tan delicada aquel áspero instrumento de penitencia, la preguntó ¿qué era aquello? Quedó sonrojada y como muda la virtuosa doncella; pero estrechándola nuestro santo para que le declarase qué era lo que traía debajo de la ropa: — Señor, le respondió Geisa, *es un cilicio; y no os admireis de esta librea. Aqui servimos á un amo poco conocido del mundo. Como vivimos únicamente para el cielo, y solo pensamos en agradar á Jesucristo, miramos con horror las vanidades y los entretenimientos del siglo: no cuido, por lo que á mi toca, de otra cosa que de mi salvacion.*

Admirado Juan de lo que acababa de oír, levantó los ojos al cielo, y deshaciéndose en lágrimas de ternura y de dolor, exclamó diciendo: *¿Es posible, Señor, que una niña me ha de enseñar lo que debo hacer? ¿Acaso es el cielo de mas subido precio para esta alma inocente que para mí, que soy tan gran pecador? Yo sirvo al mismo Dios, creo las mismas verdades, profeso el mismo Evangelio: ¡y en medio de esto tengo una vida tan regalona y tan deliciosa! No pudo decir mas, porque le embargaron la voz los sollozos y los desengaños de que estaba santamente preocupado; y despidiéndose cortesantemente de aquellas señoras, se retiró á su casa con resolucion de esconderse lo mas presto que pudiese en alguna soledad, para atender únicamente al negocio de su eterna salvacion.*

Púsose luego bajo la direccion de dos eclesiásticos de singular virtud; pero teniendo noticia de que cerca

de Verdun habia un santo ermitaño llamado Humberto, que hacia revivir en su persona las virtudes y los rigores de los antiguos anacoretas, fué á buscarle, y se entregó totalmente á su gobierno. Hizole confesion general de todos los pecados de su vida, y dió principio á la penitencia, prohibiéndose para siempre la comida de carne, y ayunando con rigor todos los dias.

Llegó despues á sus oidos la reputacion del famoso solitario del bosque de Argona, por nombre Lamberto, y determinó mudar de maestro en la vida espiritual, pareciéndole que aun no hacia bastantes progresos en ella. Con efecto, halló en Lamberto un hombre santo, pero de una virtud tan agreste, y tan sin método, que despues de haber pasado en su compañía algunos meses, y haber sacado de su vida interior lo que le pareció practicable, tuvo devocion de ir á Roma en compañía de Bernacer, beneficiado de la iglesia de san Salvador de Metz, y eclesiástico de piedad nada comun.

Despues de haber cumplido con su devocion en los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, pasó á visitar el monte Gárgano, el monte Casmo, y los solitarios del monte Vesubio, para conformar su vida al ejemplo de aquellos grandes modelos, y para aprender de ellos el camino mas seguro de la perfeccion.

Restituido á Francia, volvió segunda vez á la compañía de Humberto en las vecindades de Verdun, y ambos á dos formaron la idea de un nuevo género de vida ascética y monástica; y mientras tanto el Señor les facilitase la ejecucion, se dedicó Juan al mas perfecto ejercicio de todas las virtudes, siendo su vida una continua série de ayunos, de vigiliias, de penitencias, de meditacion y de oracion.

La fama de una vida tan pura, tan retirada y tan

penitente, atrajo á su ermita gran número de personas deseosas de servir á Dios entregándose á su direccion y gobierno, siendo entre estos nuevos discipulos el mas ilustre Einoldo, arcediano de Toul, quien, movido del ejemplo del siervo de Dios á quien visitaba con frecuencia, vendió todo cuanto tenia, distribuyó el precio á los pobres, resignó todos sus beneficios, y juntándose á Juan y á Humberto, resolvió seguir á los que hasta allí habia admirado.

Viendo Juan el número y el fervor de sus nuevos discipulos, se persuadió era ya llegado el tiempo de poner en ejecucion lo que tanto tiempo hacia tenia meditado, y determinó pasar á Italia, con sus queridos compañeros, para buscar en ella algun desierto.

Súpolo Adalberon, obispo de Metz, y deseoso de detenerlos en su obispado, les ofreció dentro de él cualquiera sitio que eligiesen. Ellos le pidieron la abadía de Gorza, persuadidos á que no se la concederia; pero la facilidad con que condescendió á su peticion les dió á conocer ser voluntad de Dios que le sirviesen en aquel desierto. Entró Juan en él con sus compañeros el año 933, y como huia cuidadosamente de todo cuanto podia tener alguna sombra de dignidad, dispuso las cosas de manera que eligieron á Einoldo por abad. Hallábanse en la abadía algunos monjes antiguos, que abrazaron gustosos la nueva reforma; y dentro de poco tiempo concurrieron de todas partes muchos pretendientes, á la fama del fervor y de la reputacion del nuevo monasterio. Cedió Juan todo su rico patrimonio en favor de la abadía, despues de haber persuadido á sus dos hermanos que hiciesen lo mismo con sus legitimas, y que se retirasen tambien á ella.

Todos le veneraban como á padre y fundador de aquella religiosa reforma; solo él se consideraba como el último del monasterio, pareciéndole que con

su tibieza y con su indignidad era el descrédito de los demás monjes.

Era severísimo consigo mismo. Fuera del empleo de mayordomo, que le habían encomendado, se encargó voluntariamente de los oficios más humildes de la cocina y de la panadería, sin dispensarse jamás por eso de acto alguno de la comunidad. Levantábase indispensablemente á los maitines de media noche, y nunca se volvió á acostar después de ellos. Toda la aspereza la reservaba para sí; con los demás era tan apacible y compasivo, que no tenía mayor gusto que aliviar á todos, y prevenir si podía sus necesidades.

El emperador Othon I enviando una embajada al rey de los Moros de España, quiso que Juan fuese al frente de ella, y él no lo resistió con la esperanza que tuvo de que quizá se le ofrecería ocasión de derramar su sangre por la fe de Jesucristo. Desempeñó este honorífico encargo con toda la destreza y con toda la dignidad que se podía esperar de uno de los hombres más hábiles y más santos de su tiempo. Restituido á su monasterio, le nombraron por abad, y por inmediato sucesor de Einoldo, que acababa de pagar el común tributo á la naturaleza. No es posible expresar en pocas palabras los extraordinarios ejemplos de observancia, de humildad y de devoción que dió á sus monjes en los trece años que los gobernó, al cabo de los cuales, consumido de trabajos, pero mucho más de espantosas penitencias, murió de la muerte de los justos el día 27 de febrero del año de 973, en cuyo día hacen mención de él los martirologios.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de los santos mártires Alejandro, Abundio, Antigono y Fortunato.

En Alejandría, el martirio de san Julian, el cual

estando tan atacado de la gota que ni podía andar ni tenerse en pié, fué llevado en una silla ante el juez por dos criados, al mismo tiempo que se presentaban ellos; pero el uno renunció la fe, y el otro, llamado Euno, perseveró con Julian en confesar á Jesucristo; ambos fueron montados sobre camellos y paseados por toda la ciudad; en fin, despedazados á azotes, fueron quemados en una grande hoguera á la vista del pueblo.

Allí mismo, san Besas, soldado, que, esforzándose á reprimir los insultos de los que se burlaban de aquellos santos mártires, fué acusado al juez, y habiendo combatido valerosamente por la fe cristiana, fué decapitado.

En Sevilla en España, la fiesta de san Leandro, obispo de esta ciudad, por cuya predicación é industria, ayudándole Recaredo, rey de los Visigodos, esta nación arriana se convirtió á la fe católica.

En Constantinopla, los santos confesores Basilio y Procopio, los cuales defendieron animosamente en tiempo del emperador Leon el culto de las santas imágenes.

En Leon de Francia, san Baldomero, varon de Dios, cuyo sepulcro es honrado con frecuentes milagros.

La misa es del comun de los abades, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus,
Domine, beati Joannis abbatis
commendet, ut quod nostris
n. eritis non valemus, ejus pa-
trocinio assequamur: Per Do-
minum nostrum Jesum Chris-
tum...

Suplicámoste, Señor, que la
intercesion del bienaventurado
abad Juan, nos haga gratos á
vuestra Majestad, para conse-
guir por su intercesion lo que
no podemos por nuestros me-
recimientos: Por nuestro Señor
Jesucristo que vive y reina...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria, y es la misma que el día VII, pág. 134.

NOTA.

« Habiéndose aplicado Jesus hijo de Sirach á meditar la ley de Dios, y á instruirse en los libros sagrados, quiso él mismo escribir lo que pertenecía á la doctrina y á la sabiduría, para que leyendo este libro los que desean aprender, se apliquen mas y mas á la consideracion de sus obligaciones. y se confirmen en una vida arreglada á la misma ley santa de Dios. Así lo previene en el prólogo el nieto del autor, que fué quien cuidó de dar á luz esta obra; y como los ejemplos son mas eficaces que los discursos, refiere este capitulo las virtudes de Moisés y de los antiguos patriarcas, haciendo elogio de ellos, como se deja reconocer en la epístola del día. »

REFLEXIONES.

Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Poca falta hace la estimacion de los hombres á quien logra ser estimado de Dios. Bien puede consolarse de aquella pérdida el que consigue esta otra ganancia. Si está Dios á mi lado, dice el apóstol, ¿qué falta me hacen los demás, ni á quien tengo que temer? Sigue la desgracia muy de cerca á los favorecidos, para que puedan envidiarlos los que aspiran á cosa mas sólida y mas noble que á una nube brillante, á un relámpago que resplandece y se apaga luego. ¿Donde, mi Dios, se podrá encontrar ni bien que sea real, ni gloria que sea sólida, ni felicidad que sea verdadera, sino en vuestra amistad y en vuestra gracia? No debiera discurrir de otra manera el que tiene algun rastro de religion; ¿pero discurren, pero piensan así el día de hoy la mayor parte de los cristianos? Poco ó ningun aprecio se hace de lo que se pierde con poco ó ningun dolor.

Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum: engrandecióle el Señor, y le hizo semejante en la gloria á los santos. Desengañémonos, que la verdadera gloria solo se encuentra en la santidad verdadera. Aunque Moisés hubiera hecho mayores prodigios que los que hizo, ¿se pudiera llamar glorioso si se hubiera condenado, si por toda la eternidad le hubiera tocado el infierno por herencia? Conservóse Moisés en la gracia de su Dios, y el Señor le hizo semejante á los santos; este fué su mérito, y esta fué su gloria. Aunque seas favorecido, aunque seas honrado de los mayores reyes de la tierra; aunque consigas las mas señaladas victorias de los enemigos del estado; aunque tu nombre vuele en alas de la fama por todas las naciones del universo; aunque seas el monarca mas poderoso del mundo; ¿de qué servirá todo eso si al cabo te condenas?

Por muchas veces que hagas estas reflexiones, nunca estarán de sobra, ni es posible hacer otras que sean mas importantes. Llenos están de ellas todos los libros sagrados; y apenas aciertan á hablarnos otro lenguaje. Por mas oscurecida, por mas desordenada que esté en el mundo nuestra propia razon, tambien siente, tambien conoce lo mismo, pero nuestras costumbres dicen todo lo contrario. Confesemos, pues, que el que deja de ser buen cristiano, deja de ser racional. No se piensa ni se discurre con acierto, sino cuando se discurre y cuando se piensa arreglándose á las luces de la fe. ¡Pero ay, Dios mio! ¿de qué servirá confesar que es innegable lo que ahora se está leyendo, si no se saca otro fruto de la lectura, que esta inútil confesion?

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo, y el mismo que el día VII, pág. 137.

MEDITACION.

DE LA LIBERALIDAD CON QUE PREMIA DIOS Á LOS QUE
LE SIRVEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué liberalidad premia Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios especiales, gracias superabundantes, el precio de los méritos y de la sangre de un Dios hombre, dones sobrenaturales mucho mas preciosos que todo el mundo junto; todo esto suele ser premio de una sola obrita de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un solo deseo de una alma justa.

Diriase que olvida Dios los infinitos beneficios que nos ha hecho, luego que damos ocasion, por decirlo así, de hacernos otros nuevos, con nuestra fidelidad y nuestra buena correspondencia en su servicio. Cuando da los talentos, da tambien los medios y la industria para beneficiarlos; y si se adelantaron dos, él recompensa con cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejemplos que acreditan la liberalidad con que recompensa el Señor los mismos dones que él nos comunica.

¡Pero con qué desvelo atiende á las necesidades de sus siervos! ¡Qué milagros no hace en favor de los que le siguen! Van en su seguimiento las turbas, y olvidadas del alimento corporal, solo tienen hambre de sus divinas instrucciones. ¡Qué maravillas no obra para que nada les falte!

Quia in pauca fuisti fidelis, super multa te constituam: porque fuiste fiel en lo poco, yo te premiaré con mucho. ¡Qué proporcion hay entre el trabajo y el salario, entre el mérito y el premio! Cuando se trata

de recompensar nuestros servicios, no consulta Dios sino á su bizarrísimo corazon.

¡Pero ¿qué servicios podemos alegar respecto de Dios? ¿Por ventura quanto podemos hacer, no estamos esencialísimamente obligados á hacerlo? ¿No es sobrado premio, no es sobrada recompensa, el tener la honra de estar en su servicio? Sin embargo, Dios quiere admitirnos por mérito el cumplimiento de nuestras obligaciones, y se digna destinar una recompensa infinita á la mas lijera prueba de nuestra debida obediencia. Por haber estado prontos á su voz, por haber dado en su nombre un vaso de agua, por haberle tributado nuestros respetos, la recompensa es un paraíso sin fin, una bienaventuranza eterna, la misma felicidad del mismo Dios. ¡O, y cuánta verdad es que Dios todo lo premia como Dios! Y en medio de todo esto, divino Salvador mio, ¡será posible que me dedique á servir á otro dueño!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque Dios no hiciera mas que darse por bien servido de que le sirviésemos, quedarían nuestros servicios sobradamente recompensados. En la corte, en el servicio de los grandes ¿cuántas veces no se recibe otra recompensa? Debilitóse la salud, perdióse la vida, arruinóse la casa en servicio de un monarca, y una palabra de agasajo, una mirada benigna vale un elogio, y no pocas veces se reduce á solo esto todo el premio; pero al contrario, el mas lijero acto de mortificación, el mas leve sacrificio de un momento, una nada que se haga ó que se padezca por Dios, al instante es recompensada con una asombrosa abundancia de bendiciones: Jesucristo en el día de la cuenta no quiere aun hacer memoria sino de las cosillas mas comunes, de las de menos resplandor y menos ruido, de las mas fáciles.

¡Gran Dios, un torrente de delicias, océanos inmensos de consuelo, una felicidad eterna é infinita, por un maravedí que puse en vuestro tesoro, por una visita que hice á un pobre enfermo, á un encarcelado, por un acto de religion que no omití, cuando estaba obligado á hacerlo bajo gravísimas penas; y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, os obligais á ser vos mismo mi recompensa! *Ego ero merces tua magna nimis.* ¡O mi Dios, y despues de todo esto teneis tan pocos que os sirvan! ¡y se hallan tantos á quienes cueste gran trabajo el servirlos! ¡Y se encuentran muchos que son tibios, que son negligentes, que están disgustados en vuestro servicio! ¿Tenemos fe? ¿estamos bien instruidos en lo que nos enseña nuestra religion?

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Señor, decia san Pedro, *veis aquí que todo lo hemos dejado, y que os hemos seguido.* ¡A la verdad no habian dejado mucha cosa! una barca carcomida, y unas redes viejas; y sin embargo, ¡qué premio tan inmenso! abundancia de dones del Espíritu Santo, favorecidos privilegiados de Dios vivo; aun no basta: sentarse al lado del mismo Jesucristo para juzgar á todos los mortales, y, al frente de los escogidos, seguir á Cristo en la gloria. ¡O gran Dios, y qué liberalmente recompensais á los que os aman! ¡O, y cuánta razon tuvieron los santos en servirlos con tanto aliento y con tanta fidelidad!

Y porque no se pensase que esta ávina liberalidad se limitaba únicamente á los apóstoles, añadió inmediatamente: *Cualquiera que por mi amor dejare su casa y sus hermanos; esto es, cualquiera que me amare con ternura, que me sirviere con fidelidad, que guardarre mis mandamientos con perseverancia, yo seré su premio y su recompensa por toda la eternidad.* Sí, ni un solo paso que se dé por Dios será olvidado; ni un

solo cabello que sea arrancado por su amor dejará de ser contado para el premio; ni una sola accion exterior, ni un solo acto interior que tenga á Dios por motivo, se quedará sin recompensa. ¡O liberalidad! ¡ó prodigalidad divina, y cuánto nos confundes!

¡Qué dolor, mi Dios, qué desesperacion será la mia en no haber querido servir á un amo tan liberal, que cuenta por servicios los deseos! Esto es hecho, os lo prometo con toda la sinceridad que me es posible, os amaré toda la vida, os serviré hasta el postrero aliento con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ quam abscondisti timentibus te! Salmo 30.

¡Qué grande es, Señor, la dulzura que teneis reservada para los que os temen y para los que os aman!

Dominus pars hæreditatis meæ, et calicis mei. Salm. 15.
Vos, Señor, sois mi herencia, y el premio de todo lo que hiciere y padeciere por vos.

PROPOSITOS.

1. Aunque un Dios tan bueno y tan amable debiera ser servido por puro amor y sin el menor interés, sin embargo no es incompatible con la verdadera virtud el fin de la recompensa; antes sirve para avivar nuestra confianza, y para animar nuestro fervor. *Inclinavi cor meum ad faciendas justificaciones tuas in æternum, propter retributionem,* decia el profeta David: Aunque vuestros divinos preceptos son todas las delicias de mi corazón, con todo eso, este se inclina tambien á guardarlos perpetuamente por el premio que prometéis á los que fielmente los guardan. En todos tiempos es útil esta práctica, pero sobre todo en ciertas ocasiones en que el amor propio se queja del yugo del Señor, en que las pasiones meten mas ruido, y en que

el tentador emplea sus artificios y sus máquinas. Tiénete oprimido esa vida retirada, modesta, uniforme y arreglada; tu genio y tus pasiones quisieran estar mas á sus anchuras; sientes no sé que tedio, no sé que repugnancia á los ejercicios espirituales: imagínate que Cristo, que la santísima Virgen, que el santo ángel de tu guarda te dicen lo que aquella generosa madre decia al menor de sus hijos á vista de los tormentos que le estaban preparando: *Yo te ruego, hijo mio, que vuelvas los ojos hácia el cielo, y que consideres la grandeza del premio que te está prometido, y la rica corona que te espera.* Cuando te parezca que te se ha resfriado la devocion, cuando te halles en esas temporadas de sequedades espirituales, en esas adversidades, en medio de esas cruces que brotan necesariamente en todos los estados, da de cuando en cuando algunas ojeadas hácia el cielo, y piensa en aquellas bellas palabras del apóstol: *Nuestras tribulaciones, que se pasan en un momento, y son en si tan ligeras, nos producen un peso eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á todo merecimiento.* Procura adquirir una especie de costumbre de mirar al cielo, y de considerar el premio que en él te aguarda.

2. Puesto que Dios lo premia todo, no le niegues cosa alguna. Bien poco es lo que te pide; pero este poco te lo pide muchas veces. Esa puntualidad en levantarte, esa exactitud en la oración, ese respeto al santo templo, esas frecuentes visitas al Sacramento, esa privacion de ciertas visitas inútiles cuando no sean peligrosas, ese abstenerte del juego y de ciertas diversiones, esa obra de misericordia, esa corta limosna, ese acto de virtud: todo esto es bien poco, y el premio de esto son grandes gracias, abundantes bendiciones temporales, gloria eterna, y el mismo Dios. No se pase dia alguno en que no puedas decir: *Señor, veis aqui lo que he hecho por vos en este dia.*